



PENÍNSULA OPISEAS

Laurens van der Post
**El mundo perdido
del Kalahari**

En busca de los bosquimanos

El mundo perdido del Kalahari

Laurens van der Post

En busca de los bosquimanos

Traducción de Miguel Martínez-Lage

ediciones península

Título original: *The Lost World of the Kalahari*

© Laurens van der Post, 1958
Copyright renovado por Laurens van der Post en 1986

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primera edición: julio de 2007
Primera edición en este formato: noviembre de 2019

© de la traducción del inglés: Miguel Martínez-Lage, 2007

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

GAMA - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 20.067-2019
ISBN: 978-84-9942-855-0

Contenido

1. EL PUEBLO DESAPARECIDO, 11
2. CÓMO DESAPARECIERON, 45
3. EL PACTO Y LOS AÑOS AZAROSOS, 65
4. EL COMIENZO, 79
5. LA FASE DE SOMBRA, 95
6. EL ACCESO NORTE, 115
7. EL HUMEDAL DEL DESALIENTO, 143
8. LOS ESPÍRITUS DE LOS MONTES ESCURRIDIZOS, 203
9. EL CAZADOR EN EL POZO, 235
10. LA CANCIÓN DE LA LLUVIA, 273

El pueblo desaparecido

Este es el relato de un viaje que se llevó a cabo por un vastísimo desierto, en busca de algunos supervivientes puros del único, casi extinto pueblo primigenio de mi tierra natal: los bosquimanos de África. De hecho, ese viaje hace apenas un año que concluyó, aunque en un sentido mucho más profundo comenzó en realidad muchísimo antes. La verdad es que todo esto se remonta tanto en el tiempo que no sabría precisar con exactitud cuándo empezó de veras. Solo puedo decir con absoluta certeza que tan pronto tuve conciencia de mí mismo, de niño, empezó a deslizarse en mi imaginación, como se desliza la mano en el guante, una profunda preocupación por el destino del pequeño bosquimano.

Nací cerca del río Grande o río Orange, como también se le llama, en el corazón de lo que durante milenios ha sido el gran territorio de los bosquimanos. El propio bosquimano, en cuanto entidad étnicamente coherente, ya había desaparecido por completo, pero me rodearon desde que vine al mundo tantos y tan conmovedores fragmentos aún vivos de su raza y su cultura que lo sentía extraordinariamente próximo a mí. A cada paso me lo encontraba redivivo en los labios de los hombres que habitaban cerca de donde vivía yo. En las frías noches de invierno, junto al hogar abierto de la finca que tenía mi madre en Wolvekop (o Montaña de los Lobos, que así llaman mis compatriotas a la gran hiena listada), o junto a las fogatas de campamento, cuando el lúgubre aullido de los chacales provocaba balidos de temor en alguna oveja recién nacida, recién llegada al rebaño que se guardaba en un *kral* cercano, cuando el avefría gemía al caer la noche en la negra llanura como la pipa de un contraestrate, allí estaba

aún intacta la presencia vívida del bosquimano desaparecido en el centro de una reminiscencia propia de los duros pioneros de antaño: un bosquimano alegre, gallardo, malicioso, imprevisible e irreductible, y desafiante hasta el final. Aunque hubiera desaparecido materialmente de aquellas tierras, todavía rondaba la vida en la sangre mixta de los pueblos de color, tal como con extremada sutileza rondó en su día las abundantes piezas de caza en África. Estaba presente en la mirada de una de las mujeres que me criaron cuando era un niño, en sus ojos brillantes que reflejaban aún la luz primera de un día africano de increíble antigüedad. Una veta de sangre bosquimana daba al rostro amable de un bantú, un extraño sesgo mongol; esa presencia bosquimana era capaz de dar a un buen centroafricano una coloración amarillenta, albaricoque incluso, o bien se dejaba sentir como un chispazo eléctrico en ciertos sonidos de origen onomatopéyico que los bosquimanos prestaron a la sonora lengua del invasor.

A medida que me iba haciendo mayor lamentaba con más disgusto haber llegado tarde y no haber conocido al bosquimano en su entorno natural. Durante muchos años fui incapaz de aceptar que la puerta del bosquimano estaba cerrada para siempre. Seguí buscando noticias e información acerca de él, como si me preparase para el momento en que esa puerta volviera a abrirse y que él reapareciese entre nosotros. En efecto, creo que la primera pregunta que me hice fue esta: «En realidad, ¿quiénes eran los bosquimanos?». Formulé esa pregunta a gentes de toda raza y condición que tal vez un día tuvieron algún contacto con ellos, hasta el punto de que a muchas personas de corazón paciente debió de parecerles insoportable la insistencia de un chiquillo como yo. Fue mucho lo que me dijeron, pero todo eso solo sirvió para estimularme. Deseaba saber aún más.

Me dijeron que era un hombre de muy corta estatura, no un enano ni un pigmeo, sino un hombrecillo de poco más de metro y medio de altura. Era vigoroso, de cuerpo bien proporcionado. Tenía anchos los hombros, pero las manos y los pies extraordinariamente pequeños y finamente modelados. El más anciano de nuestros criados de la etnia basuto me dijo que bastaba con haber visto una vez sus

pequeñas y nítidas huellas en la arena para no olvidarlas jamás. Tenía finos los tobillos como un caballo de carreras; los músculos, bien proporcionados; corría como el viento, y era capaz de recorrer a grandísima velocidad largas distancias. De hecho, casi nunca iba al paso cuando se desplazaba: iba más bien al trote, como un *springbuck* o un perro salvaje. Nunca hubo nadie que corriese como él en el *veld* o sobre los roquedos. Los huesos blanqueados al sol de muchos basutos y korannas mostraban la inutilidad de sus esfuerzos por correr más que el bosquimano. Tenía la piel holgada y muy pronto se le llenaba de arrugas, se le apergaminaba de un modo increíble. Cuando reía, cosa que hacía con gran facilidad, los innumerables pliegues de su rostro formaban el más sutil y delicioso dibujo entrecruzado. Mi piadoso abuelo me explicaba que esa piel holgada y plástica era «una sabia compensación que le diera la Providencia» para permitir al bosquimano comer de una sentada más que ningún otro hombre en un banquete. Su vida de cazador le obligaba a almacenar grandes reservas de alimentos en su cuerpo. De resultas de ello, al llenar el estómago al máximo de su capacidad, el hombre adquiría el aspecto de una mujer embarazada. En una temporada de caza particularmente provechosa, su figura recordaba la de un Cupido de Rubens, muy prominente por delante y más aún por detrás. Esa era otra de las características inconfundibles del bosquimano original. En efecto, tenía un trasero que cumplía una función semejante a la joroba del dromedario. De ese modo le permitía la naturaleza almacenar una valiosa reserva de grasas y de hidratos de carbono necesarios para hacer frente a las muchas horas de hambre y de sed que sin duda le esperaban. Creo que el primer vocablo científico que llegué a aprender fue el nombre que dan los expertos en anatomía a este fenómeno tan propio de los cuerpos de los bosquimanos: «esteatopigia». Me parece recordar una noche, ante el fuego, a mi abuelo y a la mayor de mis tías carnales; decían que en las épocas de escasez el trasero de un bosquimano se encogía hasta resultar del tamaño del de una persona normal, con la salvedad de los pliegues satinados que se le forman allí donde las nalgas se le unen con las piernas. En cambio, en una buena

temporada de caza, le sobresalía tanto que era posible depositar una botella de coñac y una copa llena en la repisa que se le formaba. Nos reíamos todos al oírlo contar, aunque no nos burlábamos de ello, sino que sentíamos orgullo y afecto al maravillarnos de que nuestra tierra natal hubiera originado un cuerpo humano tan único como el suyo. De algún modo, se me exaltaban el corazón y la imaginación al pensar en las peculiaridades del bosquimano. Los hotentotes, que tanto se le parecen, no estimulaban mi espíritu tanto como el bosquimano. Me gustaban mucho, aunque eran demasiado grandes. La singularidad del bosquimano era algo casi mágico. Cuando mi madre nos leía un cuento de hadas en el que un hombrecillo, seguramente un gnomo, hacía maravillas, en mi imaginación se transformaba de inmediato en un bosquimano. Es posible que esta vida nuestra, que comienza con la búsqueda del hombre por parte del niño y termina con el viaje que hace el hombre para redescubrir al niño, necesite alguna imagen bien nítida del niño-hombre, como es la del bosquimano, en la que ambos se unen con firmeza y con amor, a fin de que nuestros confusos, desorientados corazones permanezcan en el centro de su breve viaje de ida y vuelta.

Sin embargo, tanto el apetito del bosquimano como su perfil corporal y su esteatopigia, por notables que fueran, no constituían las únicas características notables de su cuerpo. El color de su piel, según me habían dicho, era distinto al de todos los demás pueblos de África. Era de un precioso amarillo, como el albaricoque provenzal. El viejo basuto al que antes hice referencia me contó que una de las cosas más llamativas del bosquimano era que aun cuando no vestía ropa alguna su piel nunca se oscurecía ni se quemaba expuesta al sol. Se desplazaba de continuo bajo la deslumbrante, cegadora luz de África como una llama dorada, como un joven mongol en las llanuras de Mongolia. También tenía los pómulos salientes, como los mongoles, y los ojos tan rasgados que algunos de mis ancestros los llamaban «achinados». Hay una gran llanura entre las colinas azules de Sudáfrica que aún a día de hoy se llama Vlake China, y ello es debido a los cazadores bosquimanos que en tiempos la poblaron. Sus

ojos eran de un tono castaño oscuro, como ya he dicho, tal como no se ve en los de ningún otro africano, con la posible excepción del antílope. Eran ojos muy luminosos, que brillaban como una de esas excepcionales mañanas que en África cubre el rocío. Su mirada era increíblemente penetrante, de larguísimo alcance y muy precisa. Veía en lontananza cosas que los demás no acertaban a discernir. Su poderosa visión ha terminado por convertirse en una de las heroicas leyendas de África. Su rostro adoptaba una forma parecida a la del corazón, ancha la frente y el mentón puntiagudo. Sus orejas eran como las del dios Pan, finas y en punta. Tenía negros cabellos que crecían en espesos remolinos que mis compatriotas, con esa infalible facilidad para las metáforas despectivas cuando del bosquimano se trataba, llamaban «granos de pimienta». La cabeza la tenía redondeada, unida a un cuello esbelto y plantada sobre sus anchos hombros. Tendía a ser ancha y achatada la nariz, gruesos los labios, los dientes iguales y de un blanco deslumbrante. Como decía mi tía carnal, «¡Señor, Dios mío! ¡Qué hermosura ha sido verlos caminar!...».

Sin embargo, tal vez lo más destacable del bosquimano fuera su originalidad. Hasta en la fuente más profunda y más íntima de su constitución física resultaba evidente que estaba hecho de un modo diferente al resto de los hombres. Las mujeres nacían con un pequeño delantal natural, el llamado *tablier égyptien*, sobre los genitales; desde que nacían, los hombres pasaban toda la vida con el órgano sexual en una posición semierecta. El bosquimano veía en ese detalle una razón de orgullo y dignidad, y jamás hacía intento alguno por ocultarlo llevado de un falso pudor. En efecto, lo aceptaba de un modo tan completo, y lo consideraba a tal punto una diferencia capital que lo distinguía de otros hombres, que dio a su pueblo el nombre de *qhwai-xkhwe*, nomenclatura que proclama a las claras esa realidad. Da verdadera alegría oírle pronunciar ese sonido, *qhwai-xkhwe*, pues el complejo estallido de las consonantes centellea en su lengua cuando las pronuncia, como si fuera el centelleo del sol sobre el brote de una flor entre nuestras sombrías aulagas de monte. No ha dudado a la hora de pintarse sobre las rocas de África en una silueta

desnuda de la cual destaca a las claras ese rasgo distintivo de su raza, y no con la intención obscena que algunos arqueólogos europeos han querido proyectar en él y a él le atribuyen, sino lisa y llanamente porque su dios, con exquisito cuidado y antelación, en la gran fragua de África, lo forjó desnudo y sin que debiera avergonzarse de su desnudez.

Parece que solo una cosa preocupó de veras a los bosquimanos: la escasez de su estatura. A menudo me ha impresionado la extraordinaria energía con que se rebela el espíritu de muchos hombres de corta estatura, y he sido testigo de las perniciosas consecuencias que ha tenido esa rebeldía en sus propias vidas y en las de los demás. Tampoco se me pasa por alto el desastroso modo en que puede orquestarse esa reacción adversa en los complejos y la política ideada por razas enteras. Cuando fui prisionero de guerra de los japoneses, estoy seguro de que se me castigó en no pocas ocasiones por la sencilla razón de que era bastante más alto que quienes me tenían en su poder. Sin embargo, tengo la sospecha de que la reacción del bosquimano frente a su pequeñez era de índole muy distinta, y que la motivó tan solo el hecho de sentirse incapaz de repeler la despiadada invasión de sus tierras por parte de hombres mucho más altos que él, hombres tan altos que al pintarlos en las rocas les dio la talla de verdaderos gigantes. Los que los conocieron bien no tenían la menor duda de que su espíritu era de una sensibilidad extrema en todo lo tocante a la estatura. Según decía la hermana mayor de mi madre, nuestra tía preferida (que sabía contar hasta diez en la lengua de los bosquimanos y saludar como ellos formalmente, con gran deleite por parte de los chiquillos que la oían, si bien se ruborizaba totalmente al hacerlo), era un error fatal referirse a la pequeñez del bosquimano en su presencia. Más aún, era peligroso dar a entender mediante gestos, o con el porte de uno mismo, que era consciente de tratar con una persona de mucha menor estatura.

Nuestros viejos criados basuto respaldaban siempre las opiniones de mi tía con sus pintorescas ilustraciones. Comentaban que se les había advertido de que no manifestasen la menor sorpresa si de un modo inesperado se topaban con un bosquimano en el *veld*, por si

acaso este pudiera pensar que tal vez lo habrían descubierto antes si hubiera tenido mayor estatura. Si de pronto tropezaban con un bosquimano, lo más sensato era echarse uno mismo la culpa de la sorpresa y decir, por ejemplo: «Por favor, no te ofendas. ¿De veras supones que una persona tan grande como tú se puede ocultar sin que se la vea? ¡Te hemos visto desde lejos, y por eso hemos venido hacia ti!». De inmediato se apagaba el fuego encendido en esos ojos resplandecientes, se expandía visiblemente su pecho dorado y le ofrecía a uno su más cordial bienvenida. El más viejo de los criados basutos me dijo que lo mejor era emplear el propio saludo de los bosquimanos y mostrarle la palma de la mano bien abierta sobre la cabeza al decirle en voz alta y clara: «*Tshjamm*: ¡buenos días! Te vi desde lejos y me muero de hambre». Es frecuente que los europeos empleen diminutivos para designar aquello que les resulta querido. Con los bosquimanos, este mecanismo expresivo se invierte. Las despiadadas fuerzas destructoras que el destino ha lanzado contra el bosquimano parecían burlarse de su pequeñez hasta que él pretendió quizás aplacar su sensación de inseguridad recurriendo al ideal de un superlativo físico que jamás llegó a poseer. En sus pinturas rupestres, los bosquimanos se representan en combate contra unos gigantes que son de su mismo tamaño, y de no ser por su *qhawai-xkhwe* a duras penas se les podría distinguir de sus poderosos enemigos.

Sin embargo, según me decían, este hombrecillo era por encima de todo un cazador. No pastoreaba rebaños de vacas, ovejas ni cabras, salvo en aquellos contados y raros casos en que había mantenido un prolongado contacto con forasteros. No cultivaba la tierra, no extraía de ella alimentos con regularidad. Aunque las mujeres y los niños sí se dedicaban a escarbar en la tierra con los palos que empleaban a manera de azadones para extraer raíces y bulbos comestibles, aunque en los prados y entre la maleza recolectaban bayas y frutos, sus vidas, su felicidad, dependían sobre todo de la carne que obtenía el bosquimano con la caza. Sobre todo se servía del arco y las flechas, y también de la lanza. Mojaba las puntas de las flechas en un veneno compuesto por gorgojos, raíces y glándulas de reptiles; el propio

bosquimano tenía tal respeto por las propiedades de su veneno que jamás iba a ninguna parte sin el antídoto adecuado en una faltriquera de piel que se ataba con cautela a la cintura. Mi abuelo y mi tía comentaban que era el bosquimano un botánico innato, tan experto en asuntos de química orgánica que empleaba distintos venenos para cazar animales distintos; los más potentes para los grandes antílopes, como el *eland*, y el león, mientras que reservaba las variantes menos poderosas para la caza menor. Fabricaba las puntas de sus flechas con pedernal o con astas, hasta que comenzó a conseguir hierro por medio del trueque justamente con aquellos que habían de convertirse en sus enemigos.

Como arquero no tenía rival. Mi abuelo decía que era capaz de acertarle a un antílope en movimiento a más de cien metros de distancia. Y añadía que no le habría hecho ninguna gracia exponer una parte de sí mismo en una batalla contra un arquero bosquimano a menos de cien metros. Pero no solo cazaba por medio del arco y las flechas. En los ríos y en las regatas construía trampas de juncos magníficamente entretejidos y reforzados con madera de *karree* o *harde-kool*, el «carbón duro» que utilizaban mis ancestros en sus fogatas de nómadas, y de ese modo pescaba grandes cantidades de nuestra sabrosa brema dorada o de gruesos barbos de un verde aceitunado, con su enorme cabezota y sus bigotazos como los de un soldado de la reina Victoria. Las cestas que colocaba a modo de nasa en estas trampas eran como las que se emplean en Europa para capturar anguilas, aunque nunca fueran tan ostensiblemente utilitarias. Estaban entretejidas con tiras blancas y negras; no porque de ese modo pescaran más, decía mi tía haciendo hincapié en la idea, sino porque el bosquimano deseaba que además fueran bellas. Muy cerquita, entre los juncos en los que cantaba el viento, excavaba pozos con un espolón disimulado en el fondo y en el centro a fin de cazar a los hipopótamos que de noche iban a abrevar al río, pues era un animal cuya dulce manteca tenía para él mayor valor que el mejor foie-gras para el gourmet más exigente.

Cuando mi abuelo vadeó por vez primera el río Orange o río Grande, como lo hemos llamado siempre los bosquimanos y los que

hemos nacido casi en sus orillas, aún quedaban abundantes pozos para la caza del hipopótamo. Los *trekkers*, es decir, los pioneros que conducían sus carretas cubiertas de lona, hombres de mi pueblo, formaban patrullas a caballo que exploraban el terreno por el que más adelante habían de transitar los convoyes bamboleantes, sobre todo en busca de tales pozos; a una señal de estos patrulleros, alguno de los integrantes de la expedición se ponía en cabeza y guiaba a los bueyes para que no cayeran en las trampas tirando de una cuerda amarrada a la cornamenta de los primeros animales. Mi abuelo decía que ojalá le hubieran dado un dólar por cada uno de los kilómetros que le tocó conducir a la pareja de bueyes por el *veld*. Una vez, en mi más tierna infancia, en una de nuestras excursiones primaverales en busca de caza y pesca por el cauce profundo del río Grande, vi algunos de esos hoyos. Habían desaparecido los espolones del centro y la cubierta de la trampa, pero recuerdo la sensación de asombro que me produjo oírle decir a uno de los ancianos que «¡Así es como lo hacían! ¡Así lograban meter en el pozo a la vieja y curtida vaca marina!». Llamábamos al hipopótamo con cariño «vieja y curtida vaca marina», porque los hipopótamos esperaban en la orilla del mar a nuestros ancestros cuando desembarcaban en las costas de África. Entre el mar y el río Grande de mi infancia mediaban cientos de kilómetros sumamente arduos de recorrer, y era de hecho imposible hallar un solo sitio con agua y juncales que la leyenda y la historia de la región no relacionase con la vaca marina. No obstante, mucho antes de ese día al que me refiero había desaparecido «nuestra vieja tía, la gorda vaca marina», igual que el bosquimano que tanto admiró sus líneas y tanto apreció su manteca.

En los senderos que comunicaban los abrevaderos y los ríos, el bosquimano tendía cepos hechos con tosquedad, con cuerdas que él mismo fabricaba. Según mi abuelo, eran cepos de muy distintas clases. El más habitual era el de clásico nudo corredizo. El círculo de cuerda con el nudo del ahorcado se disponía sobre el borde de un boquete cubierto delicadamente con ramas y arena. El extremo de la cuerda se ataba a un muelle muy tenso, hecho de madera muy flexi-

ble, semejante a la del boj. Esta especie de resorte se doblaba sobre la arena y se disponía de tal modo que, por hábil y leve que fuera la puzña del antílope o la zarpa del leopardo que se posara en él, solo con tocarlo saltaba en el acto. El lazo se cerraba enseguida de un tirón, y el animal aún vivo colgaba en el aire por una pata o por el cuello.

Tanta llegó a ser la destreza del bosquimano, tanta la confianza en sus recursos, que no vacilaba a la hora de enfrentarse al descubierto con los animales de mayor tamaño y de piel más correosa y resistente. Mi abuelo decía que el bosquimano era capaz de provocar a los machos entrando y saliendo a la carrera en medio de una manada de elefantes, o incordiando a los rinocerontes de menor tamaño, fiándose tan solo de su gran conocimiento acerca de las reacciones de esos animales y de la agilidad de sus extremidades. Los incitaba hasta que un elefante irritado o un rinoceronte harto de sus provocaciones, nunca demasiado listo, decidía cargar contra él. A saltos, con queibros y chillidos constantes, entonando unas palabras mágicas que lo protegían, el bosquimano se daba a la fuga hasta desconcertar al animal. Un compañero corría tras él sin ser visto para atacarlo en el único punto en que eran vulnerables esos animales feroces para aquellas armas de la Edad de Piedra. Cuando la presa quedaba indefensa, echada sobre los cuartos traseros, los bosquimanos se acercaban para rematarla con lanzas y cuchillos.

Además de su gran audacia, además de sus recursos cinegéticos, el bosquimano era muy sutil. Todos los que lo conocieron insistían en esa cualidad. Nunca trató de conseguir por la fuerza lo que podía lograr por medio del ingenio. Su espíritu tendía por naturaleza más a la habilidad que a la violencia. Recuerdo que, con un punto de admiración, si no de envidia, mi abuelo decía con su curiosa expresividad calvinista: «¡Sí, era listo, diabólicamente listo!». Por ejemplo, el bosquimano era capaz de emplear al león como perro de caza. Cuando no le servían sus habituales métodos cinegéticos, obligaba a huir a las presas que trataba de cazar en dirección a un león hambriento. Dejaba que el león matase a la presa y que la devorase tan solo para aplacar su hambre, pero no tanto que le entrase la pereza. Luego lo ahu-

yentaba con el fuego, con el humo, y recogía como si tal cosa las piezas cobradas por el león. De ese modo seguía la pista de un león especialmente propicio de matanza en matanza. Era extraordinario ver cómo respetaban el bosquimano y el león tan extraña sociedad. Mi abuelo decía que había algo sobrenatural en esa relación. También recordaba que su padre le había contado que cuando recorrieron por vez primera esa región que se extiende al otro lado del río Grande comprobaron que todos los leones eran devoradores de hombres. Los muchos miles de cadáveres dejados en las praderas tras una generación de constantes masacres entre los korannas, los griquas, los mantatees, los zulúes, los matabele y los barolong, habían acostumbrado a los leones al sabor de la carne humana a tal extremo que hacían caso omiso de los rebaños de herbívoros siempre que tuvieran la posibilidad de comer seres humanos. No obstante, por extraño que pueda parecer, nunca atacaban a los bosquimanos. Se decía que el bosquimano se untaba con un ungüento cuyo olor molestaba tanto al sensible olfato del león que este no se le acercaba por más hambre que tuviera. Fuera cual fuese el motivo, el bosquimano iba y venía a su antojo, sin temor, ileso, por una región de la que se enseñoreaban los leones, en la cual un hombre provisto de un buen rifle no podía estar seguro.

Más impresionaba a mi tía la habilidad del bosquimano en la caza del avestruz. Según decía, las utilizaba, sin que ellas lo supieran, como gallinas y polluelos. Nunca despojaba un nido de todos los huevos, pues siempre dejaba uno para el ave. Cuando le pregunté el porqué, me dijo que el bosquimano sabía que el avestruz, aun cuando fuera la más grande de las aves, también era la menos avispada, de modo que si no se le recordaba lo que debía hacer, olvidaba su cometido y dejaba de poner huevos. También me hacía estupendas imitaciones de cómo se cubría el cazador con el plumaje de un avestruz muerto y, con la cabeza y el cuello de un ave erguidos y sujetos por un palo, acechaba a una bandada entera con el éxito asegurado.

De todos modos, posiblemente mi historia favorita de todas las de los bosquimanos era la que relató un viejísimo pastor bechuano

que había vivido siempre en la soberbia región de las jirafas. Hoy lo recuerdo con toda claridad sobre todo por dos razones: por la paliza que me dio uno de mis hermanos mayores porque un día me dirigí al viejo anciano apergaminado y lo interpele directamente por su nombre de pila, sin el tratamiento de respeto que hubiera sido de rigor, «anciano padre», y también por su relato. El bosquimano, según refirió aquel anciano padre, sabía perfectamente que las jirafas eran todas mujeres en lo más profundo de su corazón, terriblemente curiosas, completamente incapaces de resistirse a las cosas bonitas. Por si fuera poco, el bosquimano sabía gracias a su larga experiencia lo duro e ingrato que puede llegar a ser el cortejar a un ser que mira la vida desde tales alturas, con los ojos siempre perdidos en la lejanía. Así pues, urdió un plan excelente. Sacó una piedra mágica y resplandeciente que llevaba siempre consigo y se introdujo a rastras en la maleza, a la vista de una manada de jirafas. Asomando la mano por un lateral, con la piedra en la palma, la hizo girar continuamente de modo que le diera el sol y las jirafas no dejaran de verla. Al principio, las jirafas no hicieron caso: tal vez pensaron que era un destello del sol en una gota de rocío o el efecto de un espejismo debido al calor cada vez más intenso, a la luz mercurial de la mañana. A medida que el sol ascendía en lo alto y ese destello las seguía por doquier, tan bello y atractivo, las jirafas comenzaron a ceder a la curiosidad. «Y es ahí, mi pequeño amo—exclamaba el anciano padre siempre que relataba esta historia—, donde pusieron a asar la manteca las jirafas». Me pareció verlas en las palabras del viejo, que les daban vida, con el corazón cohibido a pesar de su instinto, a pesar de la capacidad de raciocinio que pudieran tener en sus majestuosas cabezas de perfil victoriano, acercándose despacio al cazador oculto. Al final, se acercaron tanto que los ojos grandes y rasgados del cazador bosquimano percibían con todo detalle el sedoso, hermoso dibujo de su piel, como un estampado que vistiera Sherezade, y sus ojos oblicuos, tal vez los más bellos entre los de todos los animales del mundo, brillaban tras sus largas y densas pestañas con la misma tonalidad que tiene la miel en el panal. Por unos instantes permanecían fascinadas por el hipnótico

destello de un objeto tan insólito, tan bonito, y entonces el bosquimano lanzaba sus flechas vibrantes como diapasones y acertaba infalible en ese tierno lugar situado bajo la escápula. Por más que le gustara la manteca de «nuestra gorda y vieja tía, la vaca marina», aún le gustaba más el tuétano de los huesos largos de una jirafa.

A pesar de su intensa actividad dedicada a la caza y a la pesca, la relación del bosquimano con los animales de África no se redujo a la del cazador y sus presas. Su conocimiento de las plantas, los árboles y los insectos de la tierra nunca se limitó al saber práctico del consumidor de alimentos. Al contrario, conocía la vida animal y vegetal, las rocas y las piedras de África, como nadie las ha conocido desde entonces. Hoy en día, nuestro saber tiende a ser estadístico y abstracto. Clasificamos, catalogamos y subdividimos la variedad flamígera de animales y plantas por igual ateniéndonos a las especies y subespecies, a las propiedades físicas y a las aplicaciones prácticas. En el saber del bosquimano, por pragmático que fuera, existía una dimensión que echo de menos en mi época. Conocía toda estas cosas situándolas en el contexto pleno y en el compromiso mismo de su vida. Igual que los animales, estaba íntimamente fundido con África. El bosquimano y sus necesidades se insertaban en la naturaleza de África y en el ritmo de sus generosas estaciones, tal como funden los peces su vida con el mar. Participaban todos ellos tan hondamente del ser de los demás que la experiencia casi rozaba un plano místico. Por ejemplo, el bosquimano parecía saber qué sentían un elefante, un león, un antílope, un gamo, un lagarto, un ratón listado, la mantis, el baobab, la cobra de cresta amarilla o el amarilis de ojos en forma de estrella, por señalar tan solo algunas de las especies en medio de cuya deslumbrante multitud se desplazaba con toda familiaridad y con agilidad absoluta. Ya de niño me parecía que ese mundo no guardaba secretos entre unas formas del ser y otras. Si trataba de representarme por medio de imágenes cómo era el bosquimano en realidad, se me aparecía como si se hubiera remontado a la fase que se describe en los cuentos de hadas europeos, cuando las aves, los animales, las plantas, los árboles y los hombres compartían una lengua común y el mundo

entero, de noche y de día, resonaba como las olas en un mar de coral, unido en conversación universal.

No es mi deseo enturbiar esa imagen de los orígenes mediante los conocimientos adquiridos con posterioridad, pero trato de expresar ahora lo que entonces resultaba demasiado profundo para la capacidad expresiva de un muchacho del *veld*. Lo que me atraía tan poderosamente en el bosquimano era que en apariencia pertenecía a mi tierra natal de un modo como nadie se ha identificado con esa tierra. Su espíritu era de una natural simetría, puesto que al desplazarse en el flujo de su certeza instintiva, de su sensación de pertenencia a la tierra, esta le pertenecía de la misma manera fatal. Antes de que apareciésemos todos para hacer trizas su condición natural, no he encontrado una sola prueba inequívoca de que alguna vez se excediera del papel que la naturaleza le había asignado. Si mataba, lo hacía con la misma inocencia del león, pues solo mataba para vivir. Nunca lo hacía por divertirse, ni por el gusto de matar; cuando se sentía obligado a matar le invadía una curiosa aprensión y lamentaba hacerlo. Buena prueba de todo ello se encuentra en las pinturas rupestres, si tratamos de contemplarlas con el corazón y no solo con los ojos. En ellas, los animales de África todavía viven tal como él los conoció, tal como ningún artista europeo o bantú ha sido capaz de plasmarlos. No están allí como presas para ejercitar su arco ni como mero alimento de su estómago, sino como compañeros en el misterio, como hermanos de peregrinación en una misma y peligrosa senda que une las zonas de agua más remotas y dadoras de vida. También tenemos prueba del equilibrio y de la justicia elemental del bosquimano en el hecho de que cuando llegaron mis ancestros a la punta situada más al sur del continente, hace tres siglos, África estaba casi a punto de reventar sus arcaicas costuras debido a la cantidad de riqueza vital que contenía, tal como no se ha encontrado en ningún otro lugar de la Tierra. Yo mismo, pese a haber llegado a este escenario mucho después de que la antigua cerradura fuera forzada y el tesoro saqueado, contengo la respiración impresionado cada vez que vislumbro las riquezas aún existentes. Cuando esto me sucede, acude con urgencia a

mi ánimo una visión del pequeño cazador, el único que falta en ese escenario privilegiado, ya que ilustra con gran delicadeza y con claridad meridiana lo que trato de expresar: el papel incomparable que desempeñaba el bosquimano en la Naturaleza.

Al bosquimano le gustaba la miel. Le gustaba la miel con una pasión que nosotros, que podemos comprarla casi en cualquier esquina, ni por asomo podríamos comprender. El amargor es al paladar lo que las tinieblas a la vista; las tinieblas y el amargor son dos manifestaciones de lo mismo. Y el sabor a miel era para el bosquimano como la luz del fuego a sus ojos y el calor de sus llamas color rubí en la negra noche de África. Las colmenas, como sus cepos y sus trampas, eran prácticamente lo único de lo que se sentía poseedor en la Tierra. Cuidaba de las colmenas silvestres y recogía la miel de manera que no molestase a las abejas. Sabía cómo apaciguar un enjambre enfurecido; las colmenas pasaban de padres a hijos. Una de las abundantes visiones trágicas de la última fase de su historia en el país que me vio nacer se producía con la reaparición, de tarde en tarde, en el cauce principal y en los valles adyacentes del río Grande, de algún bosquimano viejo y arrugado que llegaba desde muy lejos dispuesto a recolectar la miel que le habían dejado en herencia sus antepasados, para caer abatido por los disparos de algún invasor griqua o europeo. Era capaz de escalar grandes roquedos para obtener la miel de lugares a los que solo osaban ascender «los que se sientan en cuclillas», digna expresión que utilizaba para llamar a los babuinos. Una vez me indicaron uno de esos saledizos en la roca, y desde luego que no hubiera intentado la escalada sin cordajes y botas de alpinista. En cambio, el bosquimano había subido hasta allí con asiduidad y solo con ayuda de sus manos y sus pies, y con unas cuñas de madera que introducía en las grietas de la roca para disponer de asideros más seguros. En lo más alto disponía tan solo de una estrecha cornisa sobre la cual debía encaramarse mientras preparaba un fuego de hierbas aromáticas con cuyo humo anestesiaba a las abejas antes de meter la mano en busca de la miel dentro de aquel agujero abierto en las húmedas rocas. Y es que las abejas silvestres africanas son las más formidables que he visto en mi vida. Son de menor tamaño que la ma-

yoría, pero más rápidas, intrépidas, imprevisibles. En el pueblo en donde yo nací, la ley no permitía que hubiese colmenas a menos de siete kilómetros, ya que en una soñolienta tarde de verano todas las abejas habían llevado a cabo una operación combinada contra todo lo que se moviera en las calles, en los corrales caldeados por el sol, en los establos. He olvidado la extensión precisa de la lista de víctimas, pero recuerdo que entre los muertos hubo dos chiquillos de raza negra y muchos cerdos, gallinas, ovejas, cabras, perros y varios caballos. Aun a día de hoy, las abejas, con los mosquitos y la mosca tsetse, forman una de las defensas más sólidas de los antiguos derechos africanos. Odian a los forasteros, sean blancos o negros. En cambio, al bosquimano nunca le tuvieron semejante antipatía. Era como si por su color y su olor supieran que formaba parte de la necesidad misma de África, como si cuando le picaban lo hicieran tan solo por cumplir un trámite, respetando sus ojos de azabache y sus curiosos rostros orientales.

Cada vez que algún desastre aniquilaba a sus abejas, el bosquimano emprendía la búsqueda de un nuevo enjambre. Salía al amanecer con la esperanza de encontrar a las abejas negras que transportan el agua posada sobre el rocío; las seguía entonces con la mirada, con ayuda de su carga plateada que brillaba al sesgo del sol, hasta localizar su base. Si no, permanecía de pie, inmóvil, en algún paraje fragante al atardecer, reconfortado por la larga sombra que se proyectaba a su lado, y aguardaba a que la luz del crepúsculo iluminase las alas en su vuelo de regreso a sus colmenas. Mucho después de que un negro o un europeo la hubiesen perdido de vista, el bosquimano seguía atento a su vuelo. Y cuando ya no alcanzaba a verla, acudía al punto en el que había desaparecido, hacía una señal y regresaba al día siguiente y en días sucesivos, hasta que determinaba con toda exactitud el paradero del enjambre. Lo más asombroso es que el bosquimano tenía un aliado, un avecilla llamada *Die Heuning-wyser*, el zahorí de la miel, al que la miel le gustaba tanto como al bosquimano. Siempre estaba ojo avizor, presto a encontrar una colmena, y en cuanto localizaba un enjambre volvía agitando las alas estrelladas a la sombra de un árbol para comunicar al bosquimano su descubrimiento.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Miel! ¡Deprisa!—cantaba ante el bosquimano desde el arbusto más cercano, aleteando imperiosamente en el aire trémulo—. ¡Deprisa! ¡Deprisa!

El bosquimano entendía al punto la excitada cháchara del ave y se apresuraba a apaciguarla con una melodiosa llamada: «Mira, ¡oh persona con alas! Recojo mis enseres y te sigo con la mayor presteza».

Cuando por fin había extraído su ambarina ración de miel, nunca dejaba de compensar al ave con una parte y, como hombre de honor que era, compartía con ella la mejor porción de la cosecha: un trozo de panal tan cremoso como la leche del condado de Devon con su propia nata.

Y por ahora es mi deber dejarlos en ese momento de intercambio justo y de compenetración. Volveré más adelante a las relaciones que tenían los bosquimanos con las abejas y con las aves, y al papel tan importante que en su espíritu ejercía tanto la miel como el aguamiel burbujeante que con ella fabricaba. Si lo he comentado ahora es porque tuve conocimiento de ello muy al principio, como si hubiera surgido de las tinieblas del pasado tal como surge un reflejo de la luna que el viento de la noche remueve en el agua, una porción de la gloria que el bosquimano dejaba a su paso en su desnudez, la gloria del dios y de África, de su hogar.

Uno de los múltiples argumentos que esgrimieron sus enemigos para demostrar que este pequeño cazador y humilde recolector de miel era en efecto una persona muy inferior es precisamente el hecho de que dependía por completo de la naturaleza. No construía casas duraderas. No cultivaba la tierra, ni siquiera guardaba ganado, ni conservaba bienes muebles de ninguna especie. En opinión de sus enemigos, todo esto era sobrada prueba de que el bosquimano era un «intocable» cuya situación no era muy lejana de la de las fieras del *veld*. El hotentote, devoto del pastoreo, o el bantú, que era pastor además de agricultor, y por supuesto el hombre blanco, se tenían infinitamente por encima del bosquimano. Es cierto que los refugios que se construía el bosquimano cuando emprendía la marcha en pos de la caza eran las estructuras más sencillas y ligeras que se pueda ima-

ginar. Durante la mayor parte del año, su hogar se hallaba en cualquier punto en el que encontrase buena caza. No obstante, tenía un campamento permanente en torno al cual giraba su vida entera. En la región del país en la que yo nací construyó muros circulares de piedra en lo alto de los cerros cercanos a los manantiales permanentes. Eran muros de metro y medio de altura; de acuerdo con la tradición local, carecían de aberturas y de techumbre. De noche se limitaba a saltar el muro, encender una hoguera y asar la comida a resguardo del viento; luego se acomodaba junto a las ascuas, bajo un cobertor de piel. Mucho después de que desapareciera de la Tierra aún era posible ver, dentro de algún círculo de piedras medio desmoronadas, la tierra calcinada y los guijarros renegridos en donde hizo sus hogueras a lo largo de los siglos. Muy cerca se encontraba la oquedad que el bosquimano abría en el terreno para acomodarse mejor cuando dormía: ese fue el único lecho que heredó de sus padres y que transmitió en herencia a sus hijos.

En cuanto fui capaz de subir a un cerro me enseñaron el lugar donde estuvo uno de estos campamentos permanentes. Se encontraba en la cima de un cerro que se elevaba al fondo de la inmensa finca de mi abuelo. Aquel lugar encantador a mí me resultaba tanto más atractivo gracias a lo evocador de su nombre: Boesmansfontein, es decir, «la Fuente (o Manantial) del Bosquimano». Ese mismo nombre lo ostentaba ya cuando mi abuelo compró la finca, de manera informal, a los griquas que se habían apropiado ilegalmente del terreno un siglo antes, y es más que suficiente para demostrar que el manantial fue una de las fuentes permanentes en las que se surtían los bosquimanos. El manantial brotaba a borbotones de la tierra, por una hendidura casi cubierta por la maleza, a la sombra morada de los arbustos azules, del árbol de *karree*, álamos silvestres y sauces africanos. Era único entre los manantiales de la región, porque brotaba simultáneamente por lo que llamábamos «tres ojos», es decir, tres bocas distintas por las que manaba el agua incontenible y cristalina. Era agua dulce—no solo porque no fuera salada, sino porque su sabor era en efecto dulzón—y borboteaba a la luz con un ritmo vivaz,

como si en las honduras de la tierra un corazón afectuoso la bombease para hacérnosla llegar. Como niño que era, había participado desde que nací en las perennes angustias que acosaban mi tierra natal en lo referente al agua, de modo que nunca lo pude ver sin la convicción de que me hallaba en presencia de un milagro propio del Antiguo Testamento. Más insólito aún era que a menos de quinientos metros el agua del manantial se mezclase con toda naturalidad con la corriente de otros manantiales permanentes y formase el lecho de un arroyo en el que siempre resonaba la música de las aves, siempre bien protegido por los juncos sedosos y por algún cañaveral. Ese arroyo poseía el provocativo nombre de «río del Morral», pero una de las pequeñas decepciones que me he llevado en esta vida es la de no haber descubierto nunca la respuesta a la pregunta «¿de quién es el morral?». Un trecho de unos nueve kilómetros del arroyo fluía por las tierras de mi abuelo; sumado a la fuente de los tres ojos, sin duda convertía aquellos cerros en un lugar idóneo para un campamento permanente de los bosquimanos. El campamento estaba alejado del arroyo lo suficiente para no espantar a la caza que pudiera ir a abreviar en las aguas, y era lo bastante elevado para que el bosquimano pudiera observar los movimientos de los antílopes en la llanura que llamábamos *vlakte*, entre los cerros azulados y solitarios. Desde allí también oteaba los collados y vaguadas en busca de cualquier indicio de invasión. Por allí sin duda tenía el bosquimano vecinos capaces de interpretar sus señales de humo, de sumarse a sus celebraciones y de echarle una mano en los malos momentos.

Recuerdo la primera vez que estuve dentro del círculo quebrado de las piedras, en la cima del cerro más alto. Desde allí me señalaron la presencia del manantial permanente. Al este, famosa por sus brevas y sus barbos, resplandeciente a la luz del sol, estaba la Charca Larga; detrás, y no muy lejos, se alzaba un roquedo rojizo, al borde de una lámina de agua, que llamaban Sol Poniente. Por el norte, a unos quince kilómetros, se elevaba un monte alargado contra un cielo pulido, brillante, tanto que el reflejo del monte se veía con claridad boca abajo en el agua, llamada Fuente de los Disparos por algún incidente

tiempo atrás olvidado, propio de nuestra turbulenta historia. Al oeste, a casi cuarenta kilómetros, un pináculo de rocas proyectaba una sombra nítida en la franja desde la cual la tierra descendía de un modo abrupto hacia el lecho profundo del río Grande. Entre la sombra y yo se alzaban los álamos fieles en la linde de la famosa Fuente Grande; al suroeste, a menos de cinco kilómetros, aunque ya azulada en la distancia, se formaba una nube verdosa de vegetación sobre el lugar que llamaban Las Tres Fuentes; más al sur rebrillaba el agua rebalsada y próxima a la Fuente de los Mercaderes. Y aún había otros manantiales por los alrededores.

Al ver los raudos y caprichosos movimientos de los gamos relucientes que aún quedaban en las llanuras, mezclados con las abundantes ovejas de importación, con las vacas también traídas desde lejos, con su lana espesa y sus pelajes pintos, incluso un niño comprendería qué bien se adaptaban aquellas tierras al pequeño cazador bosquimano. Y existían, sin embargo, otros parajes que aún le convenían más. Siempre que le era posible prefería asentarse al abrigo de algunas rocas enormes y salientes, mejor cuanto más inaccesibles. Más aún, le gustaba acomodarse en las muchas cuevas existentes, parecidas a las que se encontraban no lejos de mi hogar, al pie de las Montañas de la Noche, o en las focas del río Grande, o en otras hendiduras cataclísmicas de la cordillera del Drakensberg, o Montes del Dragón.

Allí se encontraba el bosquimano más seguro que en otros lugares. Allí medró su cultura con la máxima continuidad, allí pudo producir la forma más pura de arte orgánico que se haya dado en todo el continente africano. En esas cuevas, cuando disfrutaba de asueto tras la caza y satisfacía el hambre, allí se dedicaba a su música. No hay música en toda África, según me aseguraban por todas partes, que se pudiera comparar a la música del bosquimano. Disponía de tambores, carracas, instrumentos de cuerda que iban desde una especie de violín de una sola cuerda a un arpa de cuatro. Utilizaba como cajas de resonancia la concha de las pequeñas tortugas del *veld* en los instrumentos de una sola cuerda; en los equivalentes de un violoncelo o un contrabajo, empleaba las conchas de las grandes tortugas oscuras de

las montañas. Aún a día de hoy me conmueve la idea de que una tortuga fuese también la inspiración de nuestros surrealistas violines y cellos europeos. Como instrumentos de viento, los bosquimanos tenían flautas hechas de un bambú muy fino que crecía en las llanuras y en los remansos de los ríos, y tengo entendido que también tocaba un doble caramillo semejante a la genuina flauta del dios Pan. No disponía de campanas, pero fabricaba un molde de cuero tieso en forma de campana al que incorporaba un badajo de piedra, que ataba a sus tobillos y a sus muñecas para marcar el compás de la música orquestal. Al bosquimano le entusiasmaba la música en cualquier ocasión, incluso en los juegos, y si algo de verdad tiene la propuesta de que una cultura se expresa de un modo sumamente creador cuando estimula en los hombres el instinto lúdico, este hombre pequeño, con su gran variedad de juegos y su música compleja dejaba en mantillas a muchas otras culturas que se tienen por «superiores».

Sobre todo, la música estaba al servicio de la danza. El bosquimano era un danzarín innato y tenía una danza para cada ocasión. Bailaba para celebrar el nacimiento, el paso a la adolescencia, el matrimonio y muchos otros acontecimientos de la vida y del espíritu; bailaba cuando el sol asomaba en el cielo; bailaba en honor de la luna cuando más brillaba; bailaba, al fin, para manifestar la agonía de la muerte. Por todo lo que llegué a saber, el bosquimano se animaba de una manera extraordinaria con la puesta del sol, puesto que cantaba y bailaba durante la noche entera con una pasión y una energía desbordantes, que nosotros ni de lejos podríamos imitar. En ese sentido me percaté de que su espíritu seguía presente entre nosotros. Todas las noches, cuando nuestros criados negros se retiraban a la otra orilla del arroyo que por ley expresa servía de línea divisoria entre unos y otros tras la puesta del sol, en vez de darse al descanso que con creces tenían merecido, se reunían para bailar y cantar a la luz de un resplandor como la plata quemada que lucía en las tinieblas, en torno a mi cama. Creo que solo de ese modo lograban soportar nuestra exigente y molesta presencia, y mantener viva en su sangre la del bosquimano, que nuestro testarudo modo de vida les impedía sentir a lo largo del día.